

miseria. Después de haber colaborado con Lefèvre d'Étaples y Calvino en la traducción de la Biblia en francés y de haberse inclinado al protestantismo, cayó en el escepticismo final, como se echa de ver en el *Cymbalum mundi*, y perdió la protección de Margarita. Reducido de nuevo á la miseria más negra, se mató hacia 1544.

Sin embargo, no era hombre de humor trágico á juzgar por las charlas alegres, anécdotas cuyo asunto está tomado de viejos cuentos populares y desarrollado para mayor entretenimiento de los lectores. Nos informa acerca de sus intenciones en el Prefacio y nos invita á proveernos de una dulce filosofía que nos permita reir y librarnos de los graves cuidados de la vida:

Hay que tomar el tiempo como viene y dejar pasar la nube negra; no hay que atormentarse por lo que es irremediable, pues sólo se consigue agravar el mal. Creédme y no os arrepentiréis; porque tengo experimentado que con cien francos de melancolía no lograremos pagar cien sueldos de deudas. Pero dejemos aparte estas hermosas enseñanzas. ¡Voto al chápuro verde! ¡Riamos! ¿Y con qué? Con la boca, con la nariz, con la barba y con todos los cinco sentidos que nos dió la naturaleza.

Des Périers sólo moraliza en el Prefacio para invitarnos á que nos deleitemos con sus relatos. Después cuenta y cuenta en estilo sencillo, desembarazado y sembrado de picantes rasgos. Refiere la historia del « zapatero Blondeau que sólo estuvo melancólico dos veces en su vida y de lo que hizo para curar su melancolía », lo cual le valió un epitafio en seis versos. Cuenta también la historia del consejero y de su palafrenero que le cambió una mula vieja por una joven; la del Regente que se las tuvo tiesas á una rabanera á fuerza de injurias; además la historia de la buena mujer que llevaba un cántaro de leche al mercado y á la que compara con los alquimistas, y también la de maese Bertoldo, á quien hicieron creer que estaba muerto. Refiere además otros cuentos divertidos, algo groseros, pero referidos con gracia y con un talento especial para presentar los personajes con las actitudes, ademanes, y fisonomía que contribuyen á darle más animación.

Pero del mismo modo que el hisopo se humilla ante el cedro, los cuentistas de entonces se achican y desaparecen con sólo nombrar á Rabelais.

RABELAIS. — Francisco Rabelais nació, sin que sea posible precisar la fecha, hacia 1490 en Chinón « ciudad insigne, noble y antigua y hasta la primera del mundo », puesto que fué fundada, « al decir de los más doctos Masoretas », y también sin duda de Rabelais, por Caín, el

primer edificador de ciudades, según la Escritura », que la llamó Caín, en latín, como todo el mundo sabe, es decir Chinón.

¿Dónde está, preguntó Pantagruel, y cuál es esa primera ciudad que decís? — Chinón, digo, ó Caynón, en Turena.

— Ya sé, respondió Pantagruel, donde está Chinón. Pero ¿cómo ha de ser esa la primera ciudad del mundo? ¿Dónde habéis hallado eso?

— He hallado, repito, en la Escritura sagrada que Caín fué el primer edificador de ciudades; parece pues verosímil que la primera se llamase, de su nombre, Caynón, del mismo modo que, después de él, á imitación suya, todos los fundadores y restauradores de ciudades han impuesto á éstas su nombre.

Era Francisco el quinto hijo y el menor de Tomás Rabelais, que poseía en los alrededores de la ciudad una viña llamada la Devinière y dirigía en Chinón la hostería de la Lamprea, que el historiador de Thou vió instalada en la casa de Rabelais, cuando la visitó á fines del siglo xvi.

Aún enseñan en Chinón, — lo mismo que en Langeais, delante del hermoso castillo feudal conservado casi íntegramente, — la casa que habitó Rabelais, y es por cierto una de esas curiosas y antiguas viviendas que dan á la ciudad de Carlos VII y de Luis XII ese aspecto maravilloso de reconstitución pintoresca en medio del más hermoso país de Francia. La casa de la calle de la Lamprea ocupa lugar distinguido entre otras de la misma ciudad, tales como la del Grand-Carroi ó del Pilar de San Esteban. ¡La Lamprea! Tal era la muestra de la hostería que tenía el padre de Rabelais, y éste pasaba por aquella callejuela cuando iba á casa de « Inocente el pastelero, que tenía su tienda delante de la Bodega pintada en Chinón », y hasta á dicha famosa Bodega pintada, á la que hace alusión el compañero de Pantagruel, cuando refiere su entrada en el templo de la Botella:

— Bajé pues bajo tierra por un arco de yeso que tenía pintado exteriormente y de un modo rudo un baile de mujeres y sátiros que acompañaban al viejo Sileno, que reía montado en su asno. Aquella entrada trae á mi memoria la Bodega pintada de la primera ciudad del mundo, porque allí hay también pinturas semejantes á ésta en la frescura.

— Ya sé, respondió Pantagruel, donde está La Bodega pintada, pues en ella he bebido más de un vaso de fresco y excelente vino. O lacryma Christi — Es vino tintillo de la Devinière. Por vida mía, ¡qué delicioso vino blanco! es más suave que la seda... Ojalá pluguiera á Dios que me encontrase allí en este momento...

Gracias á las impresiones y recuerdos de esta naturaleza, sembrados con profusión en sus obras, notas encantadoras que admiran por su menudez al lado de las proezas extraordinariamente desmesuradas de los héroes, puede conjeturarse lo que fué la vida de Rabelais,

aparte de los incidentes más importantes que de ella conocemos.

Pasó el pequeño Francisco los años de su infancia, como todos los muchachos de su edad que con tanta frecuencia ha visto en su hermoso país de Turena, ocupados « en revolcarse en el barro, ensuciándose las narices, embadurnándose el rostro, rompiéndose los zapatos, papando moscas con frecuencia y corriendo detrás de las mariposas ». Por la noche, después de cenar, escuchaba al bueno de su padre « que contaba á su mujer y á su familia lindos cuentos de antaño, alrededor de una hermosa, clara y gran lumbre que removía con un garrote, mientras asaba castañas ».

Entró Francisco muy pronto en la escuela de la abadía de Seullé, aldea situada cerca de la Devinière, y de allí fué enviado al convento de la Baumette, cerca de Angers, donde conoció á los hermanos du Bellay, que fueron más tarde obispos, embajadores ó capitanes ilustres, y á Godofredo d'Estissac, futuro obispo de Maillezais en la Vendée, literato delicado y hombre excelente. Todas estas relaciones y amistades no le fueron inútiles cuando sus libros levantaron gran polvareda contra él.

Después de sus primeros estudios, Rabelais, lleno ya de ardor por la ciencia, tanto por su temperamento como por haber estado en contacto con hombres distinguidos, tuvo, por voluntad de su padres, que hacerse fraile mendicante de San Francisco en el convento de franciscanos de Fontenay-le-Comte, donde se hacía « voto de ignorancia más aun que de religión ».

Allí permaneció quince años, de 1509 á 1524, leyendo á escondidas todos los libros que podía procurarse, gracias á la complicidad de Godofredo d'Estissac y del « bueno, docto y amadísimo Tiraqueau » juez en el tribunal de Fontenay, profundizando todos los estudios que había puesto en boga el Renacimiento, enamorado de la antigüedad griega y latina, de las literaturas modernas y de los autores populares.

El griego, hebreo, árabe y derecho romano no bastan á satisfacer su sed de aprender; todo lo lee y, como posee una memoria poco común, adquiere una gran parte del saber enciclopédico que ha de completar más tarde con sus viajes, y que le ha de hacer el hombre más erudito de su época.

Sospechoso para sus compañeros ignorantes y groseros, mal visto á causa de su ardor mismo por el estudio, sintió nacer en sí, en medio de ellos, al mismo tiempo que su amor á las letras, un vivo rencor contra los frailes; fué víctima de sus persecuciones lo mismo que su camarada Pedro Lamy, que le presentó á Guillermo Budeo, el célebre helenista.

Rabelais, Pedro Lamy, y un tercer fraile á quien llamaban Phinetos, en griego, soportaron la prueba y se vengaron como pudieron por el

momento con burlas; y más tarde Rabelais completó por sí solo la venganza. Un día del año 1523, entraron en sus celdas y se apoderaron de sus libros heréticos. Habiéndolos preso é incomunicado, lograron escaparse y, gracias al apoyo del obispo de Maillezais, recobraron la libertad y los libros.

Fué para Rabelais una verdadera libertad el salir del convento de Fontenay; sus ataques contra los frailes demuestran todo el rencor que su permanencia en el mismo había ido acumulando en su corazón; en aquel hombre, que era la alegría en persona ¡qué amargura respiran estas líneas escritas contra las madres cuya voluntad impone la vida monacal á sus hijos! :

Me asombro de que las madres de por allá los lleven nueve meses en su seno, puesto que en sus casas no los pueden tener ni sufrir nueve años, ni aún siete lo más frecuentemente, y poniéndoles sólo una camisa debajo del hábito y cortándoles en la coronilla de la cabeza no se cuántos cabellos, los ponen tales como ahora los veis, convertidos en peso inútil para la tierra.

Pasó Rabelais como canónigo regular á la abadía benedictina de Maillezais, donde el obispo le festejó mucho y le recibió en su castillo de Ligugé. Pero Rabelais, hartó de la vida monástica, cada vez más deseoso de conocerlo todo y más lleno de vida, no pudo resistir, tras quince años de reclusión, aquella existencia sedentaria. Dejó como él dice « su plumaje entre las ortigas y espinas » y, sin quedar mal con la autoridad eclesiástica, se lanzó arduosamente á los viajes, llevando, durante seis años, una vida aventurera y nómada, visitando á París, Poitiers, Tolosa, Orleáns, Bourges, Angers, Mompeller, Lyon, Grenoble, Castres, Narbona, la islas de Hyères, Metz y tal vez á Inglaterra y las islas de la Mancha; y volviendo de vez en cuando á Ligugé, donde los encuentros que allí tuvo le inspiraron sin duda la primera idea de su abadía de Telemo.

¿Cómo vivió entretanto? Difícil es decirlo. Más de una vez debió conocer, como Panurgo, « la enfermedad que se llamaba ya en aquel tiempo : *Sindineritis*, que es dolor sin igual ». Según sus cartas lo comprueban, tuvo que apelar al bolsillo de amigos como el obispo Godofredo d'Estissac : « Me veo obligado á recurrir una vez más, dice, á vuestras limosnas. Porque los treinta escudos que os dignásteis hacerme entregar aquí casi llegan á su fin. »

En 1530 las matrículas de la Facultad de Mompeller señalan su presencia en dicha ciudad donde estudia medicina, que había debido practicar clandestinamente, merced á la experiencia adquirida en sus viajes. Obtuvo con brillantez los primeros grados y hasta, hacia la mitad de su estudios, hizo, en presencia de ilustres doctores, una lección sobre las hierbas y plantas medicinales, que le valió grandes cumplimientos

Después de haber profesado un curso sobre Hipócrates y Galeno en Mompeller, antes de recibirse de doctor, aun cuando tomó dicho título, fué á Lyon, donde hizo amistad con Esteban Dolet, á quien ayudó en la publicación de las ediciones sabias de los antiguos con Clemente Marot, con Buenaventura des Périers y con algunos otros hombres ilustres en todas las materias.

Lo único que interesaba á Rabelais eran las cuestiones religiosas y literarias. Agregado al hospital de Lyon y falto de recursos á causa de lo escaso de su sueldo, nuestro doctor, á quien impedía dormir el ruido de las prensas de Dolet, empezó á escribir, publicando algunas obras de erudición que no se vendieron. Entonces soltó la brida á su fantasía y á su ingenio y publicó uno tras otro los dos primeros libros de *Gargantúa y Pantagruel* y, para continuar la serie de año en año, dió á luz almanaques, así como los pronósticos pantagruélicos, de que se vendieron « más ejemplares en un mes que biblias en nueve años »; eran estas obras un almacén de chistes groseros y populacheros, pero estaban llenas de ideas y de sana razón. Á fuerza de frecuentar el pueblo en sus correrías, se había persuadido Rabelais de que, para hacer penetrar alguna luz en los rústicos cerebros, había que sazonar las ideas con ocurrencias de bebedores, con dichos é imágenes que evoquen la taberna, en medio del chocar de los vasos de vino, de las amistosas palmadas distribuidas á las comadres y de enormes carcajadas salidas de gargantas bien regadas por el vino¹.

Aunque aparecieron bajo el pseudónimo anagrama de Alcofribas Nasier, las *grandes é inestimables crónicas del grande y enorme gigante Gargantúa, seguidas de las horribles y espantosas hazañas y proezas del muy afamado Pantagruel*, valieron á Rabelais, cuyo nombre corría en boca de todos, la condenación de la Sorbona, más por la audacia de las ideas que por la licencia de la expresión.

Trató prudentemente de ponerse en salvo, y se hizo agregar, en calidad de médico á Juan du Bellay, obispo de París, embajador de Francia. Éste, al ir con una misión á Roma en 1532, le llevó en su compañía; allá volvió varias veces en 1539-1540, y en 1550, y parece haber dado entonces pruebas de gran destreza diplomática. Era la época en que Carlos V, los turcos, el protestantismo, y la reunión de un futuro concilio causaban gran preocupación á la Iglesia. Ignoramos si Italia produjo en Rabelais impresiones artísticas; viajó por ella como político, como sabio curioso más bien que como arqueólogo, y también como amigo del obispo de Maillezais, el cual, libre ya de toda ambición en Ligugé, no cultivaba más que su jardín y recibió de Rabelais semi-

1. En todas las épocas ha tenido gran aceptación entre el vulgo poco ilustrado esta literatura tabernaria. Buena prueba de ello es el éxito que alcanzó en España el famoso *Cencerro*, en el período revolucionario. (N. del T.)

llas de melones y de calabazas, así como también de ensaladas, « de las mejores de Nápoles y de las que hace sembrar el Santo Padre en su jardín secreto de Belvedertes », al mismo tiempo que una correspondencia política en estilo serio.

Entre estos diferentes viajes á Italia, volvió Rabelais á Mompeller en 1537 y allí se recibió de doctor el 22 de mayo, como lo atestigua la mención latina escrita por él mismo en el libro de actas de la Facultad: « Yo, Francisco Rabelais, de la diócesis de Tours, he tomado el grado de doctor bajo la presidencia de R. Antonius Griffy ».

Tenía entonces Rabelais entre cuarenta y cincuenta años. Sus retratos le representan con bonete cuadrado, frente alta y descubierta, ojos brillantes y vivos bajo las arqueadas cejas, nariz recta y ancha en su base, de amplias ventanas; y, partiendo de la nariz y dominando la boca entreabierta, de carnosos labios, los bigotes reunidos al collar de barba, con los dos pliegues oblicuos de la risa como incrustados en el semblante.

Hacia esta época volvió á Lyon, « lugar de sus estudios », donde tuvo un hijo llamado Teódulo, que sólo vivió dos años. En Lyon fué también donde, á fin de viajar por cuenta del rey hasta París, en el momento de pagar su cuenta de hostería y de tomar la silla de posta, recurrió, para pasar aquel mal cuarto de hora, al recurso famoso de los saquitos de veneno para el rey, la reina y el delfín; vendiólos públicamente, lo cual le valió la prisión que deseaba y el viaje más deseado aún, gratis y con buena escolta. ¿ Es auténtica la anécdota? Puede serlo muy bien. En todo caso diría Rabelais: « Si no lo creéis, bebed de firme. Es materia de breviarío ».

En París editó nuevamente Rabelais sus dos primeros libros, atenuando ciertas osadías; alentado por el privilegio que le concedió Francisco I y por el éxito, publicó en 1545, con su nombre verdadero, el *Libro Tercero*. La protección directa del rey debió salvarle entonces del peligro, porque las circunstancias eran graves y aumentaba la persecución contra los herejes. Roberto Estienne y Marot estaban desterrados; Merindol, la Coste y Cabrières habían sido asesinados, y Esteban Dolet fué quemado, después de ahorcado, en la plaza Maubert (1546).

La muerte de Francisco I en 1547 obligó á Rabelais á huir, primero á Metz, y después á Roma, donde, durante dos años, se ocupó en astronomía y astrología é hizo predicciones; una de ellas en favor de Luis, hijo de Enrique II, era muy gloriosa « en materia de caballería y de hazañas heroicas » pero subordinada á « un triste aspecto del águila occidental de la séptima casa ». La « séptima casa » se salió desgraciadamente con la suya, y el príncipe murió en la cuna. Rabelais continuaba la serie de sus almanaques, reproduciendo las profecías burlescas de los pronósticos pantagruélicos á la moda de Perogrullo que

entonces empezaba: « En este año los cangrejos andarán de lado... la vejez será incurable á causa de los años pasados... el mal de ojos será muy perjudicial para la vista y reinará casi universalmente una enfermedad epidémica, la falta de dinero ».

Á su regreso á Francia, Rabelais, adoptado por los Châtillon, protegido por los Guisas, los Montmorency y por Diana de Poitiers, pudo dar el *Cuarto Libro de Pantagruel* en 1552, con privilegio de Enrique II. Nombrado cura de Meudón desde 1551, censurado por la Facultad de Teología y la Sorbona por « cierto mal libro puesto en venta »..., resignó su curato del que sólo sacó algunos *tostones* anuales, á los que él llamaba su « pierna de Dios », y murió hacia 1553, sin que puedan precisarse las circunstancias, « yendo en busca del gran quién sabe », y habiendo sabido decir palabras de conciliación, de cordura y tolerancia, en medio de las bufonadas de sus libros.

Tal es la vida de Rabelais, desembarazada de la leyenda que se ha venido formando acerca de las circunstancias, muy poco conocidas por otra parte, de su existencia. Se han multiplicado las anécdotas; á propósito de él la imaginación de amigos y adversarios parece haber imitado sus exageraciones¹.

No cabe duda que Rabelais fué un hombre de carácter festivo á quien le gustaban el buen vino y la alegría y que sembraba á cada paso bromas de hospital y de cuerpo de guardia. Pero fué sobre todo un espíritu apasionado por el saber, atrevido en sus concepciones y en sus esperanzas de reformas, y prudente, cual convenía en una época en que, al atacar á los más fuertes, se jugaba uno « hasta la cabeza », y en que, en medio de una guerra abierta, ni su siglo ni la monarquía le hubieran protegido; era, por otra parte, un sacerdote de escasa vocación que no hubiera seguramente tomado parte en la lucha por la fe en favor de los sectarios católicos contra los librepensadores protestantes, y que murió á tiempo para que no apagara su inextinguible risa el drama sombrío de las guerras de religión.

*Gargantúa y Pantagruel*². — Á primera vista, « la Vida muy horrificica del gran Gargantúa, padre de Pantagruel », y de « Pantagruel, rey de los Dipsodos, restituido á su carácter natural con su hechos y proezas espantosos », compuestos por el alambicador Alcofribas, cumplen al pie de la letra las promesas del título. Son en efecto, bastante semejantes en su marcha general, dos historias de gigantes de la época de los mastodontes, extraviados en plena civilización del siglo XVI, anacronismo de un

1. En nuestra literatura, tenemos un tipo casi contemporáneo de Rabelais, el Arcipreste de Hita, uno de los hombres más famosos en la lírica española. Por su profesión, por su libertad de costumbres, por sus viajes y por su genio, tiene bastantes puntos de contacto con Rabelais. (N. del T.)

2. Según el Sr. Menéndez Pelayo, Amadís y su numerosa prole castellana habían invadido por completo el gusto en Francia, de suerte que « el libro de Rabelais puede considerarse hasta cierto punto como una parodia de las crónicas caballerescas ». (N. del T.)

sabor capaz de regocijar á los niños y á los hombres, dos cuentos dedicados á los enfermos á quienes el médico Francisco Rabelais, sabio bien educado, higienista « de uñas limpias », de « rostro alegre, sereno, gracioso, abierto y regocijado », quería curar con el régimen de la risa. Él mismo lo dice claramente: « No pretendía gloria ninguna sino que me proponía únicamente dar por escrito el escaso consuelo que me fuese posible á los afligidos y á los enfermos ausentes ».

Á decir verdad no hay en la obra verdadero método: el cuadro de la misma se ensancha ó rompe sin cesar, merced al capricho de la imaginación, dando lugar á los « regodeos » de los personajes, á aventuras extraordinarias, á combates heroicocómicos de proporciones enormes, como también, — y éste es el segundo aspecto de la obra, — á pinturas satíricas llenas de ingenio y á digresiones filosóficas más ó menos disfrazadas.

Esta falta de composición no es un defecto en obras de este carácter y comunica cierto aire desembarazado á dichos cuentos, á los cuales el autor sólo consagró el tiempo « destinado á su refacción corporal, es decir á beber y á comer ». Es posible, si se tiene en cuenta que este libro, que se fué formando por sí solo como vegetación vagabunda, tardó veinte años en terminarse, cual si hubiese brotado por acodo al margen de una vida excepcionalmente laboriosa.

La misma invención, en cuanto al fondo, es bastante insignificante; la fábula está tomada de viejos cuentos franceses que han suministrado á Rabelais los rasgos elementales y tradicionales. Otros episodios están tomados de diversos autores: la abadía de Telemo procede de Tomás Morus; Merlín Coccaie, suministró los carneros de Dindenaut; Poggio, el anillo de Hans Carvel; Celio Calvagnini, la alegoría de Physis y de Antifisia, las palabras desheladas, etc.

Constituye el fondo de las viejas leyendas de la Edad Media, con las cuales se relaciona de esta suerte. Por lo demás, reina en la obra el espíritu de la Reforma y del Renacimiento. Abramos el libro:

Gargantúa es hijo de Grangousier y de Gargamelle; viene al mundo tras un gran atracón de callos, « tan apetitosos que todos se chupaban los dedos »; fueron todos juntos á la Salceda, donde, sobre la espesa hierba, bailaron al son de alegres caramillos y dulces cornamusas, tan regocijadamente que era un pasatiempo celestial el verlos regodearse de esta suerte... « Apenas nacido, bramaba gritando: ¡ De beber! ¡ de beber! lo cual hizo decir á su padre: ¡ qué grande tienes la garganta! de donde le vino el nombre de Gargantúa, á imitación y ejemplo de los antiguos hebreos, « pues tal había sido la primera palabra de su padre, después del nacimiento ».

Para darle de mamar, como de ordinario, durante un año y diez meses, pusieron á su servicio diecisiete mil novecientos trece vacas, y para

vestirle con su librea, que era blanca y azul, lo cual significa alegría, solaz, divertimento y cielo, cosas todas celestes, apenas bastaron todas las telas y lienzos de Francia.

Pasada la infancia « en beber, comer y dormir, en comer dormir y beber, y en dormir, beber y comer » con otros muchos detalles que menciona Rabelais, Gargantúa fué instruído en las letras latinas por un teólogo, colocado luego bajo la dirección de otros pedagogos y enviado á París con su preceptor Ponócrates, montado en una enorme yegua que acabó con todos los zánganos y moscas de la Beauce, « sacudiendo la cola en todas direcciones »¹.

Una vez en París visitó la ciudad, « donde el pueblo, tan tonto, tan papanatas y tan inepto por su naturaleza, que un titiritero, un vendedor de golosinas, un mulo con sus campanillas, y un tocador de viela logran reunir en una encrucijada más gente que para oír la predicación evangélica », le molestó persiguiéndole al pie de las torres de Nuestra Señora. Para vengarse se llevó las campanas gordas de las torres para colgarlas al cuello de su yegua, que quería devolver á su padre cargada de quesos de Brie y de arenques frescos.

Púsose á estudiar con los Sorbonagros, que sólo le enseñaron un modo vicioso de vivir. Felizmente velaba Ponócrates, que le instruyó de tal manera que no perdía una sola hora ni aun en los días de lluvia.

Ahora bien, allá en su país viéronse asaltados los pastores de Grandgousier por los pasteleros del vecino rey Picrocola, con lo cual se declaró la guerra y, tras diversas peripecias, escribió Grandgousier á su hijo para llamarle de París « en socorro de la gente y bienes que por derecho natural le pertenecían ». Gargantúa, fué allá montado en su gran yegua y, hallando en el camino un alto y fuerte olmo, dijo: « he aquí lo que necesitaba. Este árbol me servirá de báculo y de lanza. Arrancóle fácilmente del suelo, le despojó de las ramas y le adornó á su gusto ». Llegado al castillo de Vède, « dió con su árbol contra el castillo, echó al suelo torres y fortalezas y lo destruyó todo juntamente con los moradores », pero no sin que éstos le disparasen « cañonazos » cuyas balas se le quedaron enredadas en los cabellos y que hizo caer al peinarse, cuando hubo llegado « al castillo de Grandgousier, que le esperaba con el mayor gusto ». Después de esto, « dispusieron la cena, en la que se consumieron dieciséis bueyes, tres becerras, treinta y dos terneras, sesenta y tres cabritos, noventa y cinco carneros », y algunos miles de piezas de caza, así como una ensalada de lechuga en la que había seis peregrinos, cogidos al mismo tiempo y

1. Compárese la glotonería y voracidad de los héroes de Rabelais con la sobriedad característica del insigne *Don Quijote*. ¿Qué diferente psicología revelan el autor francés y el castellano (N. del T.)

sin darse cuenta de ello por Gargantúa. Estos hubiesen sido devorados por él « como cuernos de caracoles » si, una vez en su boca, no hubieran hallado felizmente asilo en una muela cariada de donde los sacó Gargantúa con su mondadientes, como de « algún obscuro calabozo ».

Entretanto un fraile de la abadía de Seullé, el hermano Juan de Entommeures, que había triunfado en la defensa del cercado de la abadía, tuvo que ir á ver á Gargantúa, que le acogió con gran fiesta y lo guardó á su lado para sus guerras.

Marchó entonces Gargantúa contra Picrocola con el auxilio del hermano Juan. Batió sucesivamente á sus capitanes, le atacó á él mismo « dentro de la roca Clermand y le destrozó » hasta tal punto que Picrocola huyó y, habiendo querido « apoderarse de un asno de molino que allí cerca había, los molineros le molieron á golpes y le dejaron en cueros ». Fuése en esta guisa, y « refiriendo sus infortunios, díjole una vieja bruja que le sería devuelto su reino en la semana sin viernes : después no se sabe qué ha sido de él ».

Gargantúa, vencedor, reunió sus tropas, perdonó á los vencidos, dejó el reino al hijo de Picrocola, á quien hizo instruir « por los antiguos príncipes y gente sabia del reino », distribuyó feudos á sus soldados para recompensarlos, y proveyó á Fray Juan de una abadía « establecida según su plan » en el país de Telemo, donde « instituyó su religión al revés de todas las demás » y donde los telemitas, religiosos y religiosas, ricamente dotados « gente libre de preocupaciones, bien nacida, muy instruída, entregada á honrados tratos y compañía, acostumbrada á obrar virtuosamente y á huir del vicio, no tenía más regla que la siguiente : Haz lo que te de la gana ».

El Pantagrúel, cuya primera parte apareció aun antes que el Gargantúa, contiene relatos referentes al nacimiento y á la genealogía de Pantagrúel, hijo de Gargantúa que le engendró « á los cuatrocientos ochenta y cuatro años de su esposa Badebec, hija del rey de los Amaurotas en Utopía; la madre murió del parto ».

¿ Lloraré ? decía el viudo ; sí, ¿ pero por qué ? Porque ha muerto mi buena esposa que era lo más acá y lo más allá que había en el mundo... Jamás la volveré á ver... ¡ Oh Dios mío ! ¿ qué te hice yo para que me castigases de esta suerte ?... Vivir sin ella es para mí morir. ¡ Oh Badebec, mi corazoncito, mi vida... mi cariño, mi zueco, mi pantufla ! ! ¡ Oh pobre Pantagrúel has perdido á tu madrecita, á tu dulce nodriza !... (Diciendo esto lloraba como un becerro ; pero de pronto se echó á reír como una ternera al pensar en Pantagrúel) ¡ Oh hijito mío, qué lindo eres ! ¡ Cuánto debo á Dios por haberme dado un hijo tan hermoso ! ¡ Bebamos ! ¡ Ea ! echemos penas á un lado...

1. En Francia se usan familiarmente las apelaciones más prosaicas. Una madre llama á su hijo : ¡ mi coll ! ¡ mi sapo ! ¡ mi conejo ! ¡ mi perro !, etc. En España, la más ruda campesina emplea, en casos análogos, los nombres más poéticos, como : ¡ mi cielo ! ¡ mi sol ! ¡ mi lucero ! ¡ mi vida ! (N. del T.)